

Pero... ¿á qué seguir hablándote de un ser que, bien mirado, ningun interés ha de inspirarte?

Noticia de sensación que sí vale la pena, es el divorcio de una de mis amigas, la Señora de Arcantal á quien ya te he de haber nombrado alguna vez. No congeniaba con su marido el cual, entre paréntesis, me ha parecido siempre un buen sujeto; mas... ya ves, no hay que fiarse de apariencias; bien que tú y yo no podemos menos que dar la razón á la Sra. de Arcantal (yo voy á escribirle en este sentido). Es una mujer hermosa que viste admirablemente, ¿sabes? y que ha sido muy bien acogida en sociedad. Su marido, que no tiene pizca de celoso (prueba de indiferencia, según ella), la dejaba en plena libertad para conducirse: razón para que ella se sintiera, creo yo, contentísima... Pero en fin, eso es cuenta suya.

Tú tendrás la precaución de quemar mis cartas, ¿verdad?

Adios, monina, hasta muy pronto; ya he mandado arreglar tu recámara: la color le rosa, al lado de la mía.

Aquí, las casas son de cartón, porque se oye desde la cueva lo que pasa en el grane-

ro; pero tú y yo, cada una en su cama, podremos platicar con entera confianza.

Te espero impaciente, arregla de prisa tu venida.

Marta.

III

Jacobo Thomin al abate Flers.

Mi querido señor abate:

Merezco los reproches de Ud, y más aún de los que Ud. mismo se suponga, en cuanto sepa por qué he dejado de escribirle. No ha sido por falta de tiempo (pretexto siempre banal), ni tampoco por negligencia; la razón es otra, y muy seria: cuando me dirijo á Ud, ya sabe que nunca me ocupo de referirle esas mil pequeñeces que, por decirlo así, forman parte integrante de nuestra vida exterior, sino para confiarle mis ideas, mis impresiones y mis sentimientos.

Ahora bien: como todo esto ha venido siendo detestable, vergüenza me daba exponérselo á Ud.

¡Cuán cierto es que los acontecimientos acaban por revelarnos á nosotros mismos lo que somos! Yo, que me creía nacido para la enseñanza é incapaz de desfallecimiento ante un trabajo aceptado, he sentido, tan luego como entré en esta casa, que emprendía una tarea de tal modo agena á mis aptitudes, que ha llegado á hacerse superior á mis fuerzas. A punto estuve de partir, pero me detuvo la consideración de aparecer como temeroso, rehuyendo los ataques continuos y obstinados de la Señora de Bosry; declararme vencido en esa lucha que se ha iniciado entre ella y yo desde la primera mirada que cambiamos.

Prodigiosa es, verdaderamente, la antipatía, no menos que la simpatía, y más inexplicable aún. Sepa Ud. que esa primera mirada que ha ocasionado el choque entre los dos, será, de mi parte, la última también. No he vuelto desde entonces, á mirar á esta señora. Si nos encontramos (lo que afortunadamente es raro), ella me mira sin saludarme; yo, la saludo sin mirarla. Si conversa-

mos, ella lo hace empleando palabras que puedan lastimarme; yo, tratando de que se note mi silencio, más impertinente todavía.

Pero estas son simplezas y las confieso ahora que ya casi no me preocupan, y que he encontrado, si no el contento, cosa para la cual no he nacido, la serenidad al menos. La carta de Ud. me ha ayudado en gran manera; así como también la remisión de los libros que le agradezco infinito. Con buenos libros, anotados por un amigo inteligente y que pueden ser leídos á la orilla del mar, no tiene uno el derecho de quejarse.

Mi alumno, soso y huraño al principio, con sus veleidades también de impertinencia, se está modificando de día en día. No es pícaro ni tonto precisamente, sino mal educado ó, mejor dicho, sin educación; es uno de tantos niños abandonados de casa grande, más infelices que los chicos del pueblo que corriendo calles y plazuelas tienen cuando menos en su favor, para formarse, las rudas lecciones de la miseria. Yo á nadie compadezco más que á estos hijos de los ricos, atrofiados por el lujo y deprimidos por la ociosidad en que viven, sin freno alguno para sus malas inclinaciones, á la vez que sin

estímulo para ejercitar sus buenos instintos.

Ahora creo estar comprendiendo la grande indulgencia de Ud. para con los hombres; la comprendo y aunque no sé sentirla, se la envidio á Ud. siempre. Tanto me parece ridículo y despreciable un optimista recalci-trante, cuanto admiro ese benévolo sosiego de Ud. en presencia de los males que, mejor que nadie, conoce. Sí, Ud. juzga de la vida y de los seres sabiendo que la primera es triste y que los segundos no son buenos. Empero, Ud. sonríe á la vida y perdona con amante caridad á los hombres. Ud. es sabio y es feliz.

Adios, mi querido abate, escribame seguido. Yo encuentro siempre en sus cartas algo de esa sabiduría y esa paz que me faltan, sobre todo, cuando estoy lejos de Ud.

Suyo afmo, invariable

Jacobo Thomin.

Jacobo al abate Flers.

Aquí me tiene Ud. desalojado. Ya le había dicho que mi pequeño cuarto del tercero

me agradaba: faltábame en él la vista del mar, pero como compensación no tenía la de la playa, y oía el ruido de las olas sin que me turbaran los gritos de los paseantes.

El huracán de antenoche, llevándose una parte del techo, inundó el tercer piso que ha quedado inhabitable; me han instalado en el segundo, hacia la parte que da al exterior. Desde allí se disfruta de un golpe de vista espléndido; solamente que yo no podré gozar de esa perspectiva sino al través de las vidrieras, porque debajo, muy cerca, se extiende el balcón donde la Sra. de Bosry pasa gran parte del día acompañada de una media docena, por lo menos, de damas coquetas y locuaces como ella; y yo no quiero verlas ni ser visto.

Afortunadamente, tengo mis libros, ó más bien dicho, los de Ud., que leo y vuelvo á leer siempre con el mismo gusto y el mismo provecho. Despues, me dedico á trabajar para «La Revista» que me ha pedido, para fin de año, algunos artículos sobre el Arte: uno, «La Misión del Arte en la Vida de los Hombres» y otro: «Diálogos entre un positivista y un espiritualista.» No apruebo ni

es de mi agrado la forma dialogada; pero me la han impuesto: hay que sufrir los caprichos del público el cual, apenas si acepta el arte y la ciencia, pero á pequeñas dosis, y con tal de que en su exposición se le adunen la mayor suma de ingenio y ligereza posibles.

Al efecto, me he propuesto leer con especialidad á Guyau y á Taine. Escribo y pienso, aguardando las letras de Ud. Por lo demás, el tiempo transcurre aquí como en cualquiera otra parte. Yo, vuelvo á ser el mismo, substrayéndome á las influencias del lugar en que vivo y de cuanto me cerca, no experimentando al fin, en este medio extraño, ni sorpresa ni indignación.

Mi alumno está, día por día, cobrándome afición; no se me separa casi, mas no me estorba en mis labores. ¡Ya le viera Ud. enteramente transformado! ¡Cómo son maleables los niños; y cuán á menudo, su destino moral, su forma definitiva, dependen de bien poca cosa! Interesantísimo estudio viene á ser, efectivamente, el de ir descubriendo en esas almas, informes aún y oscuras, los rasgos que constituirán al hombre de mañana; el de comprobar luego la facilidad con que estos seres incipientes reciben las im-

presiones del exterior que se van modificando en virtud de los contactos á que ellos mismos están sujetos. ¡Nota curiosa todavía, como resultado también de su impresionabilidad, esa especie de intuición que les lleva á reconocer sentimientos que nunca les habían sido manifestados! Por ejemplo, ayer, cuando la Sra. de Bosry declaró su intención de presenciar la clase, Enrique se me acercó diciéndome por lo bajo, con curiosa ansiedad:

—¿Le incomoda á Ud. esto?

—Qué cosa, amiguito?

—Que mamá se quede.

—No, ¿por qué? Me es igual, enteramente.

La lección se pasó bastante bien, aunque con algunas distracciones de parte de mi alumno, sorprendido, sin duda, al no observar diferencia en mi modo de proceder, á pesar de las muestras de impaciencia que daba su mamá porque encontrara muy larga la sesión. Dijolo así ella misma empleando (lo que me hizo reír), la indispensable fórmula de cortesía: «perdone Ud.»

Al ver mi sonrisa se alzó arrogante:

—¿Me ha comprendido Ud., caballero?

—Seguramente, señora. ¿Opina Ud. que se acorte la duración de las clases?

—Si, y también el número de ellas.

Entonces le supliqué marcara ella misma, tanto la cantidad como el tiempo á que debieran sujetarse las lecciones.

Después de vacilar un momento:

—Eso á Ud. le corresponde, prorrumpió con una entonación llena de despecho. No quiero que el niño se fatigue: anoche, nada menos, según he sabido, despertó quejándose de un gran dolor de cabeza.

—Me lo dijo esta mañana, atribuyendo su indisposición á la cantidad considerable de pasteles que comió durante la prolongadísima velada de ayer.

La señora, visiblemente contrariada, tras de golpear repetidas veces con su pié sobre el entarimado, acabó con voz semejante á un latigazo:

—¡Caballero, yo no apruebo esas lecciones!

Y se ausentó altanera, como una reina ultrajada.

Luego me dijo aún Enrique:

—Mamá está muy enojada con Ud.

—Y cómo lo sabes tú?—repuse.

—¡Oh, lo he conocido muy bien: en su frente, en sus ojos, en la voz, y sobre todo, en el *frou-frou* de su vestido....¿No oyó Ud. el *frou-frou* cuando salía?

En vez de responder al niño, le propuse que bajáramos á la playa, lo que aceptó él con entusiasmo. Sentía yo la necesidad de respirar con libertad, de dilatar mi pecho al gran soplo del oceano. Efectuamos un paseo delicioso en la pequeña rada del Socoa: dos horas permanecimos solos detrás del fuerte, ese rincón admirable donde termina la Francia y que nadie acá parece conocer, porque se halla siempre desierto.

Mientras Enrique se divertía en ir desprendiendo algunos moluscos adheridos á aquellas rocas, yo gozaba hojeando capítulos de Tonnelé.

Al volver á casa, el chico fué reñido por la mamá, disgustada de que hubiese tardado tanto. Como era el día en que ella recibía, no había podido salir ni visto á nadie, y por consiguiente, se había fastidiado muchísimo. Yo, desde mi habitación, oía sus reproches, á los cuales mi nombre se mezcló varias veces. Esta proximidad, mi querido señor, me está siendo insoportable, me molesta en mi

trabajo y hasta en mis menores movimientos.

Por la mañana, al darme cuenta de que la Sra. de Bosry se halla en su aposento, aquí, debajo del mío, siéntome excitado de tal suerte que, así como no me es posible permanecer en un lugar, tampoco me atrevo á moverme; y no por respeto á ese sueño de nueve horas, sino por el temor de revelar mi presencia á esa mujer forzándola, acaso, de este modo, á que piense en mí.

Más tarde, oigo cuando llama á su doncella que acude siempre presurosa, abriendo las persianas y las puertas, y los cajones de los muebles; que sale y vuelve á entrar con cubetas, jarras y palanganas; que tapa y destapa cajas de polvos, de cepillos y de jabones etc, etc. Todos esos ruidos me incomodan haciéndome estallar en invectivas contra los albañiles, los carpinteros y las camaristas de este país, durante las primeras horas del día, tan favorables al recogimiento

Pero ¿á qué seguir contando á Ud. esas fruslerías que tan poquisimo interés deben causarle? Mejor creeré que han de sorprenderle viniendo de mí, ¿no es cierto?

Entretanto, hállome en espera de las jus-

tas reprimendas de Ud, á propósito de mis dos últimas misivas. ¡No importa, carísimo abate! Con impaciencia las aguardo.

Suyo de corazón.

Jacobo.

El abate Flers á Jacobo Thomín.

Cierto es, que las cartas de Ud. me dejan asombrado, amigo mío; y cierto es también que desapruero su conducta. El orgullo, como todas las pasiones, no es más que una debilidad, Ud. lo sabe. Sea, pues razonable, sacuda ese polvo que se le va incrustando y que, si sigue descuidándose, acabará por envolverle totalmente. Aparezca tal como es y no afecte nada, ni lo que se considera como bueno. Toda afectación presupone un esfuerzo, ó peligroso ó ridículo: el que Ud. se ha impuesto al no mirar á la Sra. de Bosry figúraseme lo uno y lo otro, y más aún, imposible de continuarse. . . . ¿Cree Ud. que va á pasar dos meses en casa de esa dama sin levantar los ojos para verla? . . . ¡Hombre, no quiero imaginarme en Ud. semejante presunción!

Así, pues, como ello tiene al fin que suceder, más vale que sea en seguida. Ya comprenderá Ud. que yo no hago uso de la palabra «mirar» en su más riguroso sentido. Si tan apegado es Ud. á la exactitud de las expresiones, reemplácela por la de «ver» que no implica mayor atención ni análisis; sino el simple funcionamiento del órgano visual. Yo le aseguro á Ud. que á mí, en su lugar, no me causaría molestia ponerme á «mirar» el oceano, aunque para ello tuviese que «ver» á la Sra. de Bosry en su balcón; lo mismo que no me habría de condenar á la inmovilidad dentro de mi alojamiento, porque el piso que me separe de otro no tenga más espesor.

¿Y en qué razones se funda, además, para declarar que su huésped y las personas que con ella habitan, vigilen hasta tal punto los movimientos de Ud? ¡Vamos, no se detenga en referirme pormenores, bajo el concepto de que no los acogeré con el desdén que Ud. parece creerlo: en el presente caso, muy al contrario, tengo gran curiosidad de averiguar cuáles son los que hayan podido determinar en Ud. impresiones tan «abominables.»

Confesaré á Ud. para ser sincero, que nada veo, hasta ahora, que justifique sus cavilosas y aprensiones. La Sra. de Bosry obra lógicamente dentro de su papel de mundana rica: no hay en sus actos y en sus palabras, cosa que deba sorprender á Ud. ni indignarle; nada que le autorice á emitir respecto de ella, un juicio tan severo. De igual modo que un niño mimado no es un ser perverso, tampoco una mujer frívola es una mujer mala.

Conceda Ud. pues, á las madres, algo de esa piedad que siente por los niños; ellas, como éstos, han sido consentidas también, aunque con mayor largueza é intensidad; y punto concluído.

Dicen que no se debe juzgar á los que sufren; menos, quizás, debiéramos permitirnos juzgar á los que gozan, porque el goce es más corrosivo aún que el dolor.

Créame Ud, querido Jacobo: no solamente no es lícito, sino que no podemos formarnos un juicio acertado respecto de aquellas personas que por su naturaleza y su educación difieren tanto de nosotros; aunque tampoco esto signifique que tengamos que huir de ellas; no. ¡Quien sabe! Tal vez mañana,

un estudio más profundo y concienzudo, le llevaría á Ud. al conocimiento de que, siendo la mujer maleable como el niño, sus defectos provienen únicamente de que, rodeada, en lo general, de aduladores, carece, casi por completo, de buenos consejeros. ¿Sabe Ud. lo que, en mi opinión, puede explicar y disculpar á las mundanas? Ellos, los mundanos.

Adiós, hijo mío, cuente Ud. siempre con mi sincero afecto.

H. Flers.

Jacobo Thomin al abate Flers.

Mi muy querido abate:

La carta de Ud. ha llegado con toda oportunidad. Estoy violento, contrariado, molestísimo. Figúrese Ud. que la Sra. de Bosry se ha propuesto asistir á todas mis lecciones, y que lo está verificando, de ocho días acá, con una constancia positivamente notable en ella; pero como bien lo considerará Ud., sin un interés verdadero por su hijo; sin ninguna curiosidad legítima, sino con el objeto exclusivo de incomodarme, de hacerme rabiar; y hay que confesar que lo logra, bien

que no lo parezca, porque yo prosigo en mis labores con una gravedad imperturbable. Ni mi cara ni mi voz traicionan mi despecho, no obstante ser muy real y tanto más vivo cuanto que secreto es, ocasionándome al fin de cada sesión, un estado nervioso, rayano en sufrimiento.

Ud. me infunde ánimo, pero hasta ahora no me ha convencido. Yo no encuentro disculpable la conducta de la Sra. de Bosry tratando de zaherirme con sus constantes provocaciones; bastábale á esta señora, para conservarse en su puesto de gran dama orgullosa, no ocuparse de mí; esquivándose de verme y hablarme, sería más lógica.

Las vejaciones con que pretende agobiarme, sólo demuestran tal puerilidad en sus ideas y tal falta de corazón, que hasta aventurado sería volver á la educación la única responsable.

¡Ah! ¿No es verdad que haría yo bien alejándome de aquí? . . . ¿Qué mérito hay en soportar penas que á nadie le causan beneficio?

Al venir á entrometerme en una sociedad con la cual jamás tendré punto de contacto, he cometido, no cabe duda, una gran torpeza. . . . ¿A qué continuarla?

Esta prueba, será para mí, decisiva.

De hoy más, permaneceré retraído en mi soledad: nunca sentí como ahora siento, que lo único bueno y verdadero, en este valle de miseria, son los libros, la ciencia y la meditación del alma con sus necesidades y sus esperanzas; y que nada hay, en suma, igualmente digno del pensamiento del hombre.

Si la dicha fuera de este mundo, yo creo que allí se encontraría.

.....

Agosto 26.

Pero la dicha no existe. Como cada goce lleva en sí su parte de tristeza que no es posible ocultar, prodúcenos creciente fatiga ese análisis hecho de sí mismo, esa disección de los propios afectos; esa concentración que nos hace observar los menores estremecimientos de nuestro ser. Algo que es muy doloroso, surge en este aislamiento del corazón; consecuencia inevitable, según parece, del exceso del pensar.

La observación quizás destruye el encanto así como el raciocinio, se dice, mata el amor.

Y hasta otro día.

—

La Sra. de Bosry á la Sta. Teresa de Lafaux.

¿Es, por fin, imposible tenerte á mi lado, indolente, ingrata? Qué pasa? ¿Qué te retiene por allá, tu tía ó algún enamorado? Si de novio se trata, nada diré; pero si es por tu tía, voy á disgustarme deveras porque la estoy aborreciendo positivamente tanto, que ya me hace querer al tío Keller; el tío Keller que es realista como el Rey y católico como el Papa, lo cual es bastante; ella es todo eso, y aún más todavía; por consiguiente, demasiado. . . . Y amén, porque en resúmdas cuentas, es asunto suyo.

El muy importante para tí es el de continuar siendo joven, hermosa, amable, y divertirme cuanto puedas, correspondiendo, naturalmente, á las invitaciones que te hacen tus amigas, máxime cuando esas invitaciones son tan sinceras como las mías. Yo me prometía una verdadera satisfacción al presentarte con mis amigas de por acá. Substituiré la palabra «amigas» por la de «conocidas,» no para evitar una repetición de que no me cuido, sino por amor á la verdad. Mira tú: amigas, propiamente dichas, no las tengo; sólo relaciones, y de ello me lamento

con despecho, pues no me agradan las relaciones sin amistad. Para el caso, prefiero á las personas forasteras ó no conocidas; en fin, á cualesquiera otras, con tal de que no se inquieten tantísimo por mí.

Sin embargo, la soledad tampoco me gusta; lo cierto es que ni yo misma sé lo que apetezco.

Creeré que hasta la facultad de querer va á extinguirse en mí, si tú no vienes pronto á reavivarla. Ven, pues, pero en seguida.

¡Supieras cuánto me aburro, así esté pasando por una mujer que se divierte mucho!

Encuentro los días interminables y las noches fatigosamente crueles, atormentada por mil terrores y congojas que no puedo vencer.

Decididamente, querida mía, el oficio de viuda no tiene todas esas ventajas que le atribuyen. Estamos mal organizadas para la independencia, ¿sabes?—y los que se preocupan por nuestra emancipación, en realidad no nos conocen. Yo creo, palabra de honor, que nos hacen falta las cadenas.

A mí misma me sorprende soñar con estas cadenas; y ya me habrían asaltado remordimientos por el consejo que algunas veces

te he dado de continuar soltera, si no estuviese segura de la poca ó ninguna impresión que te ha hecho. ¡Bueno! En todo caso, me retracto; prisa tengo de que hablemos confidencialmente y sin rodeos.

Te instalaré en mi misma recámara. ¡Qué noches pasaremos charlando! Yo, ya te dije, duermo poco y mal: en este diablo de país, hace un calor inaguantable y los mosquitos la devoran á una.

Hay otra cosa todavía que turba mi sueño, pero que por nimia me había abstenido de referírtela. Imagínate que, con motivo de la tempestad que dejó anegadas las piezas del tercer piso, tuve que cambiar al preceptor á la que se halla encima de la mía, pues no hubo otra disponible.

Y lo peor es que la vecindad de ese hombre me crispa los nervios; me molesta en alto grado; no obstante que él (hecho singular, pero verdadero), apenas si se mueve. A mí me basta y me sobra con oír el rechinar de la pata de su silla contra el entarimado del piso ó el ruido, aunque leve, de su portapluma ó lápiz al caer, para que me sienta. . . . ¿cómo te diré? No lo sé ni importa explicarlo, porque no ando rebuscando palabras.

Lo que sí te aseguro, es que se padece mucho siendo nerviosa: ahora mismo lo estoy al extremo de que no terminaré el día sin llorar... aunque todo puede ser efecto, ¿sabes? del tiempo borrascoso.

Está soplando un viento muy fuerte del Sur que desriza mis cabellos y los cubre de pétalos rojos: te escribo junto al balcón, debajo de los laureles que se sacuden horriblemente.....

¡Hola, magnífico!! Ahora comienza á tronar y Enrique anda afuera con él....cate-drático.... ¡Vaya con el hombre tan poco previsor! ¡En lugar de ponerse á cubierto de la tempestad que amenazaba, sale llevándose á mi hijo y deja abiertas las dos ventanas! ¡Ya están cayendo sobre mi mesa varias hojas de papel impelidas por el viento!

Son notas muy mal escritas, que casi no puedo leer y menos comprender; notas para sus famosos artículos científicos, indudablemente. La ciencia, esa ciencia que yo admiraría en un hombre de nuestro círculo me causa mohina en este... plebeyo, tanto más que viene á echar por tierra todas las ideas que hasta hoy me había formado respecto de los sabios.

Imaginábamelos, algo así como indiscretos y pedantes, ó distraídos y ensimismados.

El señor Thomin es cabalmente, lo contrario: serio, inflexible, terminante; jamás se ocupa de tocar punto alguno del saber humano que para sus interlocutores sea obscuro ó de difícil comprensión. Tú no tienes idea, Teresa, de cuán poco se parece este hombre á cualquiera otro que yo haya tratado hasta la fecha: diríase que una barra de hierro lo atraviesa de cuerpo y de alma.

Véome obligada á interrumpir mi carta; y lo siento, porque estoy de vena; pero arrecia el vendabal, los truenos por lo consiguiente y á mí me sobrecoge un miedo atroz. Dáte cuenta, por tu vida, que me hallo sola en casa, sin otra compañía que Eugenia, la doncella, más asustadiza aún que yo!

¡Oh, ese señor Jacobo Thomin es imposible! Tiempo há que debiera haber vuelto..... Yo voy á decirle *claris verbis* lo que pienso acerca de su conducta.

¡Ah! Una carta que rueda desde su ventana.... ¡Por Dios que la leo!.....

.....
¡Estoy furiosa! Te incluyo copia de la car-

ta: es del mentadísimo abate Flers que el tío Keller quería endosarme.

...Nada tengo que agregar: la cólera y los rayos me están produciendo impresiones tremendas. El día de hoy tiene que acabar con lágrimas. Pero no quiero llorar y sin embargo....¡qué cosa más ridícula!...Necesito restregarme los ojos porque oigo que vuelven Enrique y el preceptor; y por nada del mundo querría yo que quedase la huella de mis lágrimas; no.

Seguiré asistiendo á las lecciones día por día, como lo he venido haciendo desde hace una semana. Ya te supondrás, por otra parte, la importancia que les daré á las lecciones; pero como mi presencia excita al señor Thomin, yo siento la muy particular, la premiosa necesidad de humillar á ese individuo tan soberbio. Habrá emoción, y tú sabes si de ésta se privaría tu amiga que hoy te abraza hasta reventarte.

Marta de B....

Jacobo al abate Flers.

Tres días hace, mi querido señor abate, que dirigí á Ud. cierta carta no terminada.

Como á poco, Enrique fuera severamente castigado por su madre con motivo de haber quebrado, aunque involuntariamente, no sé qué cachivache, vino á refugiarse conmigo suplicándome que lo condujera al paseo. Tan afligido estaba el pobre chico que yo accedí á su deseo, á pesar de que el tiempo estaba amenazador y que yo me había propuesto escribir para «La Revista». Fuimos sorprendidos por un violento huracán que nos obligó á resguardarnos en un castillo de Cibourre donde, precisamente, se encontraban reunidos varios amigos de ambos sexos de la Sra. de Bosry. A Enrique lo regalaron y acariciaron mucho; yo fui examinado con harta curiosidad y asediado á preguntas más ó menos indiscretas.

¡Cuánta razón tiene Ud, excelente amigo, al afirmar que el mundo es feo de suyo. Así hay que tomarle para no sentir piedad, sino á lo sumo, por alguna de las partes que componen este todo tan defectuoso. Justamente, trás de lo ocurrido aquella noche, se operó en mí ese sentimiento de conmiseración

hacia la Sra. de Bosry: cuando me reprochaba el haber yo expuesto á su hijo á la tempestad, su voz temblaba; levanté los ojos y noté que había llorado. Ante aquella inquietud maternal de que yo, al fin, era el causante, me excusé como pude. Ella, entónces pareció sorprendida y confusa, me miró á su vez, balbuceando algunas palabras; y como yo, repuesto ya de la impresión, volviera á tomar mi actitud acostumbrada, se aproximó á su hijo, lo besó, y se retiró.

Enrique me dijo:

—Mamá tiene algo.

Y añadió como interrogándome con ojos azorados:

—... Antes no era así.

Yo, en lugar de responderle, procuré distraerle con la perspectiva de una jira por la «Rhune» á donde él desea, hace tiempo, verificar la ascensión.

La tempestad se había calmado enteramente, la noche estaba deliciosa. Yo empleé las primeras horas en trabajar delante de mi ventana abierta, el cielo cuajado de estrellas y el mar que parecía quererse reposar, en medio de suaves murmurios, de sus furoros de la tarde.

Después me acerqué al lecho de mi discípulo que, por cierto, se hallaba bastante agitado y calenturiento. Luego, continué escribiendo.

A pesar de esa noche de trabajo, querido abate, no he avanzado casi en mis artículos. Nada mando todavía á «La Revista». ¿Me hará Ud. el favor de remitirme el «Curso de Estética» de Jouffroy?

Tengo necesidad de toda clase de elementos, porque bien poco es lo que hasta ahora hallo en mí mismo.

Jacobo Thomin.

La Sra. de Bosry á Teresa de Lafaux.

Increíble te ha de parecer que no me haya resuelto aún á devolver al señor Jacobo Thomin la carta del sapientísimo abate Flers su amigo... ¡Yo misma no me reconozco! En cuanto tengo que tratar con ese hombre, tímida me vuelvo, apocada y torpe; las palabras se me escapan y me siento enrojecer, mientras que él permanece impassible. Son tres las veces que he entrado en su cuarto con la intención de devolverle la consabida

carta y decirle lo que pienso de su manera de proceder vituperando á las personas que le pagan; pero otras tantas me he puesto á hablar de cosas banales, estrujando entre mis dedos la página del abate que está ya toda desgarrada, maculada, ilegible. . . .

¿Qué no daría, sin embargo, por conocer la carta que ha dado origen á semejante respuesta? Vuelve á leerla, por favor, y dime lo que creas. Yo me la sé ya de memoria y no dejo de repetírmela hasta la saciedad: ¡una obsesión!

¡Pero cómo nos tratan, fijate! No merecemos, ya ves, ni que nos huyan; ni que nos busquen tampoco. Somos ejemplares de segundo orden en la especie humana; motivos de estudio, cuando más, para los señores psicólogos. ¡Bah! ¡Lo que nos conocen los tales psicólogos!

. . . ¿Y acaso nos conocemos nosotras mismas? . . . ¡Ah! Nunca me he sentido más desamparada, más sola que ahora. Y no sé á quien debo aborrecer mayormente; si al Don Jacobo por su indómita fiereza, si al abate por su virtud impertinente ó si á mí misma por mi ridícula timidez. Pero todas estas consideraciones me exasperan, me ponen

fuera de mí, pues no me quedan de dos partidos, sino uno que adoptar: ó despedir al Señor Thomin, ó dejarle aquí solo con Enrique, y largarme.

Mas en el primer caso, hallariame de nuevo abrumada con mi hijo. En el segundo (que acaso fuera lo más práctico), me iría á tu casa, pero si no aguardaras allí á tus primas, porque sería lo mismo que caer de Caribdis en Scylla. La fanática de tu tía con las dos primitas santurronas á su lado, me pondría epiléptica, de seguro. . . ¡Pobre de ti, amiga mía, que tampoco has de ser muy feliz!

. . . Figúrate ahora que la señora de Arcantal anda mendigando una invitación para ésta tu casa. Yo creo, ¿sabes? que desde el divorcio, la familia la trata con cierto despego y lo propio le ha de ocurrir en sociedad. No debe, por tanto, admirarnos que esté echando continuamente de menos á su paciente marido.

La cariñosa amistad que manifiesta en sus últimas cartas, me deja suponer que necesita de mí. Lo evidente es que se muere de ganas de venir, así como que yo tengo un miedo espantoso de verla llegar, porque. . . .

aquí, para inter nos, es. . . . cargante y luego. . . coqueta; sí, coqueta, pero de un modo tan estúpido, sin pizca de tacto. . . ¡Ay, no, de veras que por ahora no la apetezco aquí, absolutamente!

Quizás me conviniera proponerle un viaje por el Norte de España, recomendándole que traiga á su hermano para que nos sirva de *respeto*. El capitán, el hermano, no ha inventado la pólvora ¿eh? Viejo, sería otro tío Keller; pero como es muy galante con las mujeres, eso me distraerá entretanto.

¿Ya te conté que el otro día Enrique y el preceptor se metieron, para resguardarse del chubasco, en casa de las Amaspil, donde encontraron á la condesa de Thurin y á la Carmencita de Espinglette?... ¡Pues ahí tienes que á esta bobalicona, una *poseuse*, ¿entiendes? ni niña, ni mujer, sino un monstruo que todo lo lleva postizo, desde los cabellos hasta el más pequeño sentimiento, se le ha puesto entre ceja y ceja, enāmorarse del señor Don Jacobo!

Lo busca en los paseos y cuando logra encontrarlo (por fortuna esto es raro), lo sigue de la manera más inconveniente. Búr-lanse de ella las gentes, aunque siempre es

más lo que se ocupan del Señor Thomin: sólo de él hablan en San Juan de Luz y en Cibourre, los hombres de su ciencia; las mujeres, unas de su melancolía y su altivez, las otras de su buena figura, y otras aún, de que no es así, y lo otro y lo de más allá. ¡Vamos, para perder la cabeza!

Resueltamente, voy á escribirle á la Sra. de Arcantal que traiga consigo á su hermano para que nos marchemos.

Y hasta otro día. Te envío muchos besos.

Marta.

Jacobo Thomin al abate Flers.

Seguiré los consejos de Ud, mi caro abate; inclínome una vez más delante de su gran sabiduría. Mucha, muchísima razón tiene Ud: no debe uno juzgar de las personas *á priori* ni definir las sin el previo examen; más justo y racional, más provechoso es el estudiarlas. Bajo tales auspicios, me he puesto á observar á la Sra. de Bosry; y no me contento con «verla y oírla», sino que «la miro y la escucho»; y este estudio como todo el que lo sea, acaba por interesarme. Ver-

daderamente singular es la mujer de quien ahora se trata: todo en ella presenta contrastes: nótanse en su fisonomía y sus movimientos y su conversación, sobre todo. Casi siempre hay discordancia entre las palabras que emplea y la entonación que les da; entre las que traducen su pensamiento y las que acusan el estado de su alma. No es raro, así, oírla soltar frases picantes é ingeniosas con acento desapacible y triste; en cambio, narrar alegremente, tal ó cual acontecimiento doloroso. Yo la creo muy franca aunque cierto estoy de que no es veraz; tampoco intenta siquiera disimular sus impresiones, bien que no sepa ó no pueda expresarlas con exactitud.

Instruída no es, pero sí muy inteligente, porque el vacío que la deja en el alma la falta de ilustración la hace sufrir, ora sea inconcientemente. Es caprichosa, mas bien que frívola; coqueta, por costumbre, más que por instinto, puesto que no se cuida al parecer, de hacerse agradable; y . . . vea Ud, maligna, con el deliberado propósito tan sólo de no mostrarse buena.

¡Oh! Si yo no temiese descender á la paradoja ó á la fantasía, diría que se halla em-

pachada de esa felicidad uniforme de su vida, así como otras lo están por la continuidad en la prueba; enervada por exceso de reposo, ahita de gozar, y envidiosa al fin y celosa de algo que le ha faltado y que espera.

No de otro modo me explico sus arranques sin motivo, sus frecuentes preocupaciones en medio de los esparcimientos que prefiere; y todavía más, sus faltas de urbanidad ante algunas de las personas que ella misma ha solicitado ver.

Concluiré, repitiendo con Ud, que el goce es más corrosivo aún que el dolor y que debemos mirar con mayor compasión que censura á aquellos que no han probado ni las torturas fecundantes de la necesidad ni las santas alegrías del trabajo.

Me despido de Ud. porque llaman á mi puerta.

Siempre suyo.

Jacobo.

La Sra. de Bosry á Teresa.

Necesito desahogarme contigo porque furiosa me tiene lo que está pasando.

Marcela de Arcantal (no puedo acostumbrarme á llamarla de otro modo), se encuentra aquí con su hermano: llegaron dos días despues de la remisión de mi carta (¡á vuelta de correo!) cuando, habiendo recobrado mi tranquilidad no los deseaba ya.

El capitán que es un abonado á «La Revista» donde escribe este Señor Thomin (¡ya me figuro lo que el capitán entenderá de revistas científicas!) y Marcela, que desde su divorcio está chiflada por todos los hombres, se empeñaron anoche en que invitara al preceptor á tomar el té con nosotros. Yo esperaba que él se excusara, pero no fué así; aceptó. El caso es que pasamos unas tres horas reunidos en mi balcón. . . . ¡La noche estaba soberbia!

Thomin conversó mucho con el capitán y algo con Marcela sin que pareciera darse cuenta de la imbecilidad del uno ni de las provocaciones de la otra. Yo estaba en ascuas, en un verdadero suplicio: esa ostentación de ignorancia y de coquetería delante de un subalterno, me exasperaba. ¿Qué

idea va á formarse éste de las gentes de nuestro círculo? Se mantuvo frío y, no obstante, habló con Marcela durante aquellas pocas horas, más que conmigo desde que vive aquí, hace casi un mes. Hasta le dirigió una sonrisa que probablemente fué de lástima porque ella estuvo tonta, tonta. . . . En fin, él sonrió, y la sonrisa en esa cara doliente, tiene un no sé qué de particular y atractivo como el misterio.

El capitán, decididamente, me hace la corte. ¡Uf! ¡Y qué denso me ha sido anoche!

Mañana partiremos, quieran ellos ó no quieran, porque no les corre mucha prisa. . . ¿sabes? Ella, la de Arcantal—¡qué mejor pidiera que seguir en sus coqueteos con Don Jacobo! El capitán, por su parte, me ha declarado esta mañana que con tal de hallarse junto á mí, poco le importa lo demás. . . . ¡Pero á mí, sí que me importa! Lo cierto es, que ya no puedo con la carga.

Dile á tu tía que haga preces por mi intención, tengo miedo de estar enhechizada ¡Me pasan cosas tan extrañas! . . .

Hasta otro día.

Marta.

Jacobo al abate Flers.

No entiendo por qué la Sra. de Bosry me invitó á tomar el té, anoche, ni sé como fué que yo aceptara. Tiene dos nuevos huéspedes: una dama, la Sra. de Arcantal y el hermano de ésta, un capitán lector de «La Revista», quien, para hacerme algunos cumplimientos, ensartó con aplomo mil necedades. La Sra. de Arcantal es una elegante divorciada, gracias á la cual he podido proseguir, por comparación, mis estudios acerca de la Sra. de Bosry. Vense ciertas amabilidades que nos hacen apreciar, no hay duda, la frialdad altanera.

Pero mi ánimo no es endilgarle á Ud, de continuo, páginas sobre psicología femenina. Le escribo hoy, mi querido abate, para noticiarle que voy á quedar solo con mi alumno, y por consiguiente, que podré trabajar á gusto, libre de las agitaciones que me causa, no obstante mis esfuerzos tendiendo siempre á evitarlas, un malestar íntimo del que éste mi mismo trabajo, se resiente de día en día.

Ya hacía algunos que la Sra. de Bosry no concurría á las lecciones; pero hoy por la mañana, entró á tiempo que terminábamos, anunciándome su viaje. Temblábale la voz;

parecía conmovida, y como Enrique le echara los brazos al cuello suplicándole que no se marchase, respondió ella seca y tristemente:

—Es preciso.

Siempre, como Ud. ve, manifestándose violenta, contrariada, al realizar las cosas que ella misma ha deseado y dispuesto.

Jacobo.

Jacobo al abate Flers.

Muy cierto es, mi excelente amigo, que me encuentro en una disposición de ánimo nada favorable al trabajo. Sólo anduve equivocado atribuyendo ésto á alguna influencia exterior, cuando más bien debe ser el resultado de la depresión moral ocasionada por ese mismo trabajo, que, excesivo, ha llegado también á serme penoso, en razón, principalmente, de las limitaciones de tiempo y aun de forma que se me han prescrito. Yo esperaba que la partida de la Sra. de Bosry y de sus huéspedes me hiciera disfrutar un tanto de reposo y recobrar mi libertad de espíritu; pero nada he conseguido: experimento aquel mismo malestar indefinible, aquella misma

imposibilidad de fijar mi pensamiento en un objeto determinado.

La verdad es, oiga Ud, que me acometen veleidades de independencia; que siento una imperiosa necesidad de descansar con labores que gratas me sean, á cambio de las impuestas. ¡Oh, trabajar uno para sí, sin otro fin que el propio recreo intelectual, ¡qué bueno, qué bueno debe ser!

“Versos hagamos hoy, no más que por placer”.

Pero es el patrimonio exclusivo de muy pocos. Raro sería que el arte no se juntara con su compañera: la necesidad.

Usted ¡ah! ni conoce esas tentaciones. Para Ud, la idea del deber es una fuerza que preserva de todo desfallecimiento. Yo tuve el orgullo de creer que lo mismo sería para mí; pero á este mal desconocido que padezco, va unida la decepción de mis propios ideales. Sólo los hechos nos demuestran lo que somos.

Adiós, mi querido abate. De ningún modo pudiera dar á Ud. una idea más cabal del estado de mi alma, que confesándole que no hallo nada que decirle.

Perdóneme Ud, pues, y quiérame mucho siempre.

Jacobo.

IV

La Sra. de Bosry á Jacobo Thomín.

«Olvidé, partiendo, recomendarle envíe diario noticias Enrique, San Sebastián, posta restante Contestación inmediata.»

Jacobo Thomín á la Sra. de Bosry.

«Enviaré diariamente noticias Enrique, San Sebastián, posta restante. Hoy, salud perfecta.»

La Sra. de Bosry á Jacobo Thomín.

«Telegrama insuficiente. Escriba Ud. detalles: salud, trabajos, placeres, apetito, etc. etc.»